

Sección de Reseñas y Comentarios de Libros

GUTIÉRREZ AGUILAR, Raquel. *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social.* 2a. edición, México, Casa Juan Pablos Centro Cultural y el Centro de Estudios Andinos Mesoamericanos, 2006 (174 páginas).

La coherencia y la valentía de la palabra

¿Qué podría ser lo más necesario en una sociedad necesitada de autocrítica, pero en donde ésta sale de la mano de la palabra traición, en donde el poder político revolucionario se contagia de los mismos virus que el poder institucional?, ¿en donde la reflexión está reñida con el ideario revolucionario? Podríamos pensar que las fuerzas destinadas a los cambios profundos traen una desesperanza irremediable. Pero quizás esto no sea así, porque el libro que ahora presentamos es, sin duda alguna, un magnífico ejemplo de cómo la mente se debe preparar para encarar la lucha, desde posicionamientos críticos y sin abandonarse a la desesperanza.

La segunda edición de *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social* fue presentada a finales de octubre de 2006 en la Universidad Autónoma de la ciudad de México. Tiene 174 páginas y fue editada por la Casa Juan Pablos Centro Cultural y el Centro de Estudios Andinos Mesoamericanos, en la ciudad de México. La primera edición fue publicada en 1995 en La Paz, Bolivia.

Su autora, Raquel Gutiérrez Aguilar, nació en México D.F. en noviembre del año 1962. Es matemática y maestra en filosofía por la UNAM, investigadora del Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos, y actualmente prepara su tesis doctoral en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, entre otras actividades. También ha sido ensayista, editora y columnista del diario nacional *La Jornada* de la ciudad de México.

Entre sus trabajos destacan las publicaciones *Desandar el laberinto: Introspección en la feminidad contemporánea*, y la compilación, junto con Fabiola Escárzaga, *Movimiento Indígena en América Latina: resistencia y proyecto alternativo*.

La presentación de esta edición está a cargo de Ana Cecilia Lazcano, profesora de la UNAM, y en ella se nos advierte que los cinco primeros capítulos son la obra original y que deben ser leídos independientemente de la parte titulada “Dificultades, rupturas y búsquedas. Una vez más, ¿qué hacemos?”, que se ha agregado a esta segunda edición, pero que había sido publicada en La Paz, Bolivia, en 1996, en la obra *Las armas de la utopía. Marxismo y provocaciones heréticas*.

Después de un prólogo a cargo de la misma autora, donde echa atrás su memoria para recordar los años de militancia en la guerrilla boliviana y sus años en la cárcel, sin -según nos dice- haber dejado de reflexionar en estos diez años que separan su primera publicación, sus palabras preliminares se corresponden a lo redactado durante su estancia en la prisión, “a cuarenta meses de encierro”.

En estas primeras palabras, Raquel Gutiérrez nos muestra las líneas generales de su discurso: esta narración es un llamado a no rendirse, a continuar la lucha, pero desde posicionamientos críticos y reflexivos; un llamado al entendimiento entre los actores de la lucha y, en especial, un recuerdo a las mujeres que aun dentro de las filas revolucionarias tienen que sufrir las desigualdades por razón de sexo.

Los cinco capítulos de los que consta esta obra comienzan con el titulado “El inicio”, y la toma de contacto de Raquel, a la edad de veinte años, con las organizaciones político-militares, y su primera detención y deportación desde El Salvador.

A continuación, recuerda sus primeras insatisfacciones y la sensación de ser controlada como una mera ficha en un juego con reglas poco claras, y las luchas de poder y las desconfianzas entre camaradas.

Es aquí donde comienza a plantear sus dudas sobre el tipo de revolución a desarrollar y las dificultades en la comunicación entre sus miembros y de los vicios en las estructuras de la organización: desde la lectura de *¿Qué hacer?* de Lenin, interpreta que Lenin no está en contra de la “libertad de crítica”; es más, está a favor de hablar con claridad y de no escudarse en consignas, por lo que plasma un punto de vista particular sobre la “conciencia de grupo”, desde el respeto a la singularidad, promoviendo la autorreflexión, pero mediante el desarrollo en paralelo a la actividad y su integración en el trabajo revolucionario.

El segundo capítulo, “En Bolivia en los primeros años”, es el más largo de la obra y en él narra su llegada a Bolivia, en 1984. Las reflexiones sobre temas antes tocados, como las dudas sobre la clase de revolución deseable –democrática o socialista– se suman a nuevos contenidos como la necesidad de prepararse para la insurrección e, incluso, para la lucha armada, o los avances producidos en su grupo respecto a la liberación de sus miembros de ataduras y exigencias doctrinarias inmutables.

Durante los años 1987 y 1988, a raíz de la dura represión del Estado y la patronal por las protestas obreras contra el Decreto 21060, deciden contribuir en la lucha armada contra el Estado, y ésta se vuelve en el eje articulador de sus criterios de cohesión, hasta su detención en 1992.

Después de un breve repaso a la lucha en Guatemala, Perú, con sus críticas incluidas al movimiento Sendero Luminoso, por su ausencia de crítica e imposición de la verdad y la razón, y la constatación del retroceso democrático en el continente, co-

mienza una de las partes más interesantes, donde nos muestra las bases de su doctrina ideológica, y en donde Jean Paul Sartre tendrá un lugar primordial.

Pero, además, comienzan sus reflexiones y críticas sobre los procedimientos que el grupo había adoptado y el giro que éste había tomado en su definición interna y estructural: había comenzado a privilegiar el centralismo y la fortaleza de las estructuras internas sobre la forma anterior, esencialmente democrática.

Al mismo tiempo, recapacita sobre el error que supuso la lucha del grupo contra el Estado: ésta les hizo perder de vista la cuestión de la insubordinación de las comunidades y su posterior construcción, y la supeditación de otras cuestiones importantes, como la misma subordinación de la autodeterminación comunitaria a las necesidades de la guerra.

La violencia, y los diferentes significados de ella, también son su objeto de análisis. Para ella, es la negación más radical de la autodeterminación y, a la larga, reproducirá los mismos rasgos de ese Estado contra el que se está luchando. La acción, para Raquel, ha de ser la “rebelión de la comunidad”, basada en la resistencia y en la construcción, y alejada de toda sumisión y pasividad.

El tercer capítulo, “La cárcel”, relata su detención en 1992 y las incomodidades, carencias, penurias, y el proceso de individualización que rompió con los lazos de unión entre el grupo.

Explica que el poder en la cárcel está basado en la individualización, en la atomización, y en las carencias de la población reclusa y que ésta es vencida por la pasividad y la sumisión. Pero la solidaridad y la necesidad de dignidad surgen y se afianzan en medio de las condiciones de ultraje, hostigamiento, abandono y extorsión, incluso cuando tienen que luchar contra tácticas que intentan seguir desuniendo y creando confusión entre la población carcelaria. Los reclusos se afianzan por la determinación personal y la confianza de cada miembro de la comunidad en la lucha que se está llevando a cabo, y por la construcción de grupos basados en la confianza de cada uno de sus miembros en sí mismos y en los demás.

La práctica de la mujer en la lucha revolucionaria llega en el capítulo cuarto, “Ser mujer”. En él nos muestra sus experiencias y el modo de vivirlas desde el comienzo de su formación política: la consideración distinta de la mujer respecto del hombre en la lucha y la necesidad de combatir al Estado burgués y a la opresión patriarcal como una única lucha y no esta última como complemento de la primera, supeditando, de este modo, la emancipación de la mujer a la derrota del enemigo burgués. Su propuesta de cambio estaría en la necesidad de conformar organizaciones específicas de mujeres.

“¿Y ahora qué?”, el quinto y último capítulo, plantea su futuro político, visto desde la cárcel, y su determinación de ahondar en el esfuerzo individual y colectivo para “desordenar” como medio de construcción positivo, de autodeterminación y libertad. Si el orden es la relación que los objetos establecen entre sí, y este entendimiento es necesario para la comprensión de las realidades, el orden en los seres vivos ayudará, según la autora, a entender la historia humana y la propia existencia, a analizar los procesos de avance y ruptura y los logros e imposibilidades humanos. Por tanto, la invitación de Raquel Gutiérrez a desordenar implica una primera desorganización de los valores del sistema, por medio de la resistencia y la insurgencia, de la subversión a la opresión y a la explotación, lo que daría paso, en un segundo momento, a la creación de una “nueva socialidad”, de “un

orden más satisfactorio para todos”, conformado por la autoafirmación de cada uno de los miembros de esa sociedad y la edificación de una autodeterminación común: nuevas identidades personales y colectivas como germen para una nueva sociedad.

“Dificultades, rupturas y búsquedas. Una vez más, ¿qué hacemos?” es un texto escrito en la misma cárcel de mujeres de La Paz, en marzo de 1996, unos meses después de estos primeros, pero, como se indicó al principio, no formó parte de la primera edición de la obra.

Este último capítulo es un repaso a la esperanza truncada de la democracia, que trajo más miseria, desigualdad y desempleo. Y un repaso también a unos mecanismos de lucha (huelga, reformas o estrategias de “asalto al poder”) que parecen no tener ya efectividad como elementos transformadores.

Para nuestra autora, el paradigma moderno, determinista y de origen mecanicista-newtoniano, ya no logra explicar satisfactoriamente la realidad; mucho del saber acumulado actualmente sirve más para alejarnos de la realidad y de sus problemas que para acercarnos a ella: no sirve para frenar el índice de desempleo o para enfrentar adecuadamente las novedades que surgen en el campo de las nuevas tecnologías.

De ahí la necesidad de ruptura del modelo epistemológico de observación de la realidad; se vuelve inevitable deliberar sobre los modos en cómo reflexionamos y examinar las herramientas a las que aún nos apegamos en la búsqueda de caminos para formularnos las preguntas que descubran nuevos esquemas de los que dependerá el avance para una nueva y mejor visión del porvenir.

El discurso de estos textos destila ingredientes fundamentales para hacerlo coherente, sincero y valiente; pero también atractivo y, en especial, eficaz: sinceridad en sus pensamientos y valentía en una reflexión que actúa, en muchos casos, contrariamente al espíritu de lucha acordado por el grupo, pero que concuerda con su disertación meditada y carente de ira, aspecto importante si tenemos en cuenta que lo que leemos está escrito en su encierro carcelario.

Efectivamente, su lucha revolucionaria es meditada, pero no entendiendo la meditación como inactividad, sino todo lo contrario, entendiéndola como flujo para la creación y para la comprensión de lo que son los actos propios y los colectivos. Leyendo a Raquel Gutiérrez no se podría pensar en otra cosa que en la libertad de pensamiento más profundo y en la sincera energía de una lucha que debe ser construida desde el pensamiento. Lo personal cobra fuerza frente al sectarismo, y la rendición del sujeto frente a las imposiciones gregarias se vuelve otro motivo de lucha.

Cambio por la autoafirmación y defensa de la dignidad personal como bases de la “autodeterminación comunitaria”; sujeto y colectividad fundidos en una propuesta: todo es posible siempre que la esencia humana permanezca dinámica dentro de cada ser.

*Alejandro Caamaño Tomás**

* Profesor Titular a Tiempo Parcial adscrito al Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.